



Las vísperas

MANUEL CAMPO VIDAL

LA importancia económica y social de Cataluña, la situación en el calendario de sus primeras elecciones legislativas, la coincidencia con la crisis general de la UCD después de los fracasos de Andalucía y País Vasco y la presencia en la campaña electoral de todos los líderes políticos significativos del país, representan la incorporación de un importantísimo valor añadido a una consulta que ya por sí sola tenía un peso específico propio. Así lo han entendido las primeras figuras políticas del país —desde Suárez a Carrillo, desde Felipe a Fraga, pasando por Xavier Arzallus— al instalarse casi por espacio de una semana en Barcelona, librando un insólito debate abierto no sólo sobre el futuro Gobierno de la Generalitat, sino también sobre la conveniencia de remodelar el Gobierno de Madrid. De ese modo, excepcionalmente, Barcelona se ha convertido por unos días en la capital no sólo de la Cataluña, sino también de la España política.

En el fuego cruzado de unos minutos a otros en lo que se advierte una división escrupulosa en bloques de derecha e izquierda —Felipe y Carrillo se profesan un desconocido respeto mutuo, mientras que son realmente duros en sus juicios sobre Suárez y Pujol, como Pujol lo es con ellos—, los dirigentes de la izquierda catalana y estatal han advertido de la inminente formación de un gabinete Suárez con presencia del PNV, del partido de Pujol y del PSA. Aunque Suárez advirtiera en Terrassa que esa posibilidad no la consideraba ni como hipótesis de trabajo, los dirigentes de la izquierda han seguido con ese convencimiento, mientras los nacionalistas vascos y catalanes aseguraban

desconocer que ese proyecto existiera.

La polémica sobre el futuro Gobierno de Madrid, superpuesta al no menos complicado tema de cuál será la composición del Gobierno de la Generalitat, ha enriquecido notablemente una campaña que se desarrolla en una sociedad rica políticamente, como la catalana. Sin esa condición no sería posible y en cambio lo es, que en la campaña electoral quepa una extraordinaria diversificación de sueños-hipótesis. La patronal catalana arrancó las elecciones con auténtico síndrome portugués, soñando con un Sa Carneiro local o al menos con la importación de su fórmula para romper la mayoría de izquierdas, las recientes elecciones para el Parlamento de Guernica han introducido retazos de síndrome vasco que en su vertiente de éxito-PNV le irían a las mil maravillas a Jordi Pujol y en versión batasunera aspira a parecérsele siquiera sea lejanamente el Bean, coalición que insólitamente para la comparación encabeza el pacifista Lluís María Xirinacs. El candidato socialista Joan Reventós ha tratado con su viaje a Austria y constantes referencias a Bruno Kreisky de crear una especie de síndrome austriaco con el que contrarrestar el síndrome sueco de sociedad del bienestar, bienestar invocado tiempo atrás por Jordi Pujol. Todavía puede avanzarse más por este camino recogiendo la acusación que se hace a los comunistas catalanes de mostrarse partidarios de un cierto síndrome italiano al menos en su aspecto de contar, bienestar invocado tiempo atrás electoralmente de reconocida potencia. Sin duda, sobre la complejidad de la del tejido político catalán es po-

sible la formulación de hipótesis varias que sostienen unos y otros candidatos, sin que sea posible una descalificación previa excepto en casos grotescos, como en el mitin de Llíser en la comarca del Vallés, en el que unas cuatrocientas personas se arrancaron con gritos en favor de la Unión Soviética.

La última fase de la campaña ha registrado la entrada en esa escena de una dureza hasta ahora no utilizada y, paralelamente, por algunos elementos realmente innovadores respecto a campañas anteriores y ciertamente útiles para crear un clima antiahistórico. Además de la declaración de bienes de algunos candidatos y sus esposas, por las que se ha podido saber que el senador Josep Benet posee un viejo Renault 8, una plaza de parking y una casita en una localidad pirenaica, viviendo de su sueldo de parlamentario, el debate abierto mantenido a través de la radio y frente a unas dos mil personas por los cuatro principales candidatos ha acercado la campaña electoral catalana a la imagen de una confrontación europea, como la francesa, por ejemplo. Cañellas, Benet, Reventós y Pujol aceptaron cerrar la campaña con un debate a cuatro, que a través de la radio y de los periódicos podría haber llegado hasta unos dos millones de personas, según las valoraciones más optimistas, y a un millón según los más pesimistas.

Paralelamente a la influencia de radio política en los últimos días, se ha acentuado todavía la inversión en anuncios en la prensa y en despliegue de papel y pintura. La candidatura de UCD, la pujolista y la del PSA son las que, al menos aparentemente, a

juzar por las constantes cuñas de radio, anuncios en la prensa y diversas iniciativas presumiblemente caras —UCD regalaba un disco encartado en "La Vanguardia" del sábado y el PSA lo introducía en los buzones, junto con una papeleta de voto—, habrían podido invertir mayor número de millones.

Entre tanto, las hipótesis sobre el futuro Gobierno de la Generalitat se multiplican. El senador independiente Benet, al que ha manifestado públicamente su apoyo Juan María Banderas, sólo sería presidente con un Gobierno de unidad —Joan Reventós puede ser presidente con los votos del PSUC y Esquerra Republicana o con los votos de Pujol y Esquerra, difícilmente con todos a la vez—. Pujol puede ser presidente con los votos de UCD y Esquerra, aunque es difícil que entre los tres partidos sobrepasen la mayoría necesaria. Mientras, las combinaciones se tejen y se bordarán durante la semana siguiente al 20 de marzo. Sólo quedan firmes algunos compromisos adquiridos durante la campaña que difícilmente podrán después ignorarse: Pujol no entrará en un Gobierno en el que figuren comunistas; y los comunistas no admitirán medias tintas: o al Gobierno con pleno derecho o a la oposición. Si la aritmética electoral no llegase a empujar a todos los partidos hacia un Gobierno de unidad, sobre los socialistas recaería, como primer partido que seguirá siendo, aunque llegase a bajar un par de puntos, como indican las encuestas, la difícil opción de clarificar definitivamente sus alianzas. El plazo eternamente prorrogado concluye diez días más tarde del histórico 20 de marzo. ■

La nueva política

LA etapa preestatutaria de la Generalitat provisional ha sido marcada por el esfuerzo de recuperación y consolidación de la identidad política de Catalunya. Concretamente, los últimos meses han supuesto el paso de la aprobación de la Constitución española —como Carta Magna de institucionalización de un contexto democrático— a la aprobación masiva del Estatut de Autonomía que, a su vez, institucionaliza aquel ingente esfuerzo de recuperación de la identidad política de Catalunya desarrollado en los últimos años por las fuerzas de progreso.

Estos últimos meses, por consiguiente, constituyen el marco de un avance político indudable. En este sentido, la Constitución del Parlamento de Catalunya y la formación de la primera Generalitat sin adjetivos deben entenderse como la cristalización institucional de este avance político.

El avance político de los últimos meses, sin embargo, no ha tenido una contrapartida económica paralela que pueda conceptuarse como mínimamente satisfactoria. La agra-

vación reciente de la crisis económica explica que este avance político haya coincidido con un proceso simultáneo de degradación económica que, en la actualidad, presenta caracteres altamente preocupantes.

Catalunya recupera sus instituciones políticas en un momento en que la tasa de desempleo ronda el 9 por 100 de una población activa que, por otra parte, está disminuyendo como porcentaje de la población total. En unos momentos en que la tasa de inflación supera el 15 por 100 y amenaza con acelerar su ritmo en los próximos meses. Y en unos momentos en que la inversión sigue paralizada y en que amplios sectores empresariales experimentan dificultades crecientes. Adicionalmente, la crisis económica se proyecta sobre una realidad catalana aquejada de déficits crónicos de equipamientos colectivos y servicios públicos, y que padece los graves desequilibrios sectoriales, demográficos y territoriales derivados de dos décadas de crecimiento económico desordenado y centrado en la expansión de los consumos privados.

Cara al futuro

CUANDO en Cataluña aún se vive en plena campaña electoral para elegir el primer Parlamento de la nueva Generalitat autónoma, ya se advierte en algunas personas de Cataluña y de fuera una honda preocupación por la futura estabilidad política y gubernamental de la nacionalidad catalana.

Algunos prevén que debido a la existencia de cuatro grandes partidos en Cataluña, ninguno de ellos mayoritario, y con la política de exclusiones que determinados partidos han anunciado, será difícil formar un Gobierno autónomo estable de forma que la disolución del nuevo Parlamento catalán se impondrá dentro de un plazo más o menos breve. Alguien también prevé que con el Estatuto de Autonomía actual, Cataluña va a resultar ingobernable. Hasta cierto punto es normal que exista esta preocupación por el futuro de la Cataluña autónoma porque este futuro interesa a todos aquellos que quieren que se consolide la democracia, que exista estabilidad política en el Estado español y que una nueva España democrática y autonómica sustituya a la vieja España centralista.

Es necesario remarcar que esta preocupación por el futuro de la situación catalana se produce cuando se cumplen ya casi dos años y medio de la llamada preautonomía. Este hecho creo que confirma lo que tantas veces he manifestado, tanto en los medios de comunicación como en la tribuna del Senado: que la política de preautonomías del Gobierno ha sido un fracaso, porque no ha servido para preparar

las autonomías, y sólo ha consistido en una serie de habilidades improvisadas para demorar la solución de los problemas, no para facilitar su solución ni para resolverlos. En la cuestión de las preautonomías, el Gobierno no ha tenido una política de Estado, como estamos viendo que tampoco la tiene en la construcción de las autonomías. La falta de esta última política acrecienta más la preocupación expresada.

Por todo ello, la construcción de la Cataluña autónoma será una tarea difícil y dura. Una tarea en la que se puede fracasar si el Gobierno y los catalanes no ponemos en ella toda nuestra buena voluntad y esfuerzo. En esta tarea no valdrán habilidades y maniobras como las que han caracterizado la política gubernamental durante el período preautonómico.

El Gobierno deberá entender que con la construcción de la Cataluña autónoma no se construye algo exterior o enfrentado al Estado, sino que la Cataluña autónoma será también Estado. Por ello será necesario que el texto del Estatuto de Autonomía, en aquellas partes en que es ambiguo o pluralente, se interprete racionalmente y teniendo en cuenta los intereses del Estado, evidentemente, pero también del pueblo catalán. Que las victorias que el sector antiautonomista de UCD creyó obtener en la discusión del Estatuto de Autonomía de Cataluña, como, por ejemplo, con la imposición del mantenimiento de las provincias y sus Diputaciones y sus diputados en Cataluña, con el mantenimiento absurdo de los gobernadores civiles en cada provincia y

con el absurdo, aún mayor, de la creación de otro cargo nuevo, el supergobernador, no fueron tales victorias, sino inmensos errores. En 1932, bajo aquel gran hombre de Estado que fue Manuel Azaña, se racionalizó y simplificó la administración autónoma y la del Estado en la comunidad autónoma, para aumentar su eficacia y para evitar roces y conflictos. Ahora, no. El partido de UCD, que tanto habla de racionalidad en la Administración, con una falta notable de sentido del Estado, está pretendiendo crear una administración en Cataluña, que será un embrollo, fuente de desorganización, roces y conflictos entre las autoridades del Estado y las autonómicas, que me temo que en algunas ocasiones se convierta en farsa. El Gobierno deberá entender, asimismo, que no es posible un funcionamiento de una Cataluña autónoma —con un Gobierno, una Administración y un Parlamento— sin que se disponga inmediatamente del Segundo Canal de televisión. Sin televisión autónoma, no hay auténtica autonomía. El Gobierno autónomo catalán no puede quedar supeditado, como lo ha estado la Generalitat provisional, a los buenos o malos humores de los señores de Prado del Rey, en su obligación de informar al pueblo catalán de su política. Finalmente, deberá encontrar una fórmula para que el traspaso de servicios, con las correspondientes dotaciones económicas, se haga con eficiencia y sin demoras, y, por tanto, con un espíritu distinto del centralista y cicatero que ha imperado durante el período de la Generalitat provisional.

A los catalanes también nos corresponde una gran responsabilidad en la construcción de la Cataluña autónoma. Yo deseo que sepamos

hacerle frente. Pero para que así sea es necesario que los partidos catalanes se den cuenta de que esta construcción será una tarea difícil y dura y que tengan en cuenta la realidad de la existencia de cuatro grandes partidos en Cataluña. Sin embargo, me temo que todos ellos —excepto el PSUC—, durante esta campaña electoral se han olvidado de ello, al dedicarse exclusivamente a exponer sus programas de gobierno, como si ya estuviera construida la Cataluña autónoma en la que deben aplicarse. Y no lo está.

Antes de empezar a poner en marcha el programa electoral, Cataluña vivirá un período excepcional con la construcción de la autonomía, que tendrá características de un período constituyente, sin la sentencia de un partido mayoritario. La existencia de este período excepcional sólo ha sido reconocida durante la campaña electoral por el PSUC, el cual ha dado su apoyo a la propuesta de un gobierno unitario, con un presidente independiente, para este período excepcional, con el propósito de construir una Cataluña autónoma de todos y para todos los que viven en Cataluña. Los otros partidos se han limitado a proponer a su secretario general respectivo como presidente de la Generalitat, a excluir del futuro gobierno catalán a otros partidos, pero sin dar a conocer el gobierno concreto posible que ofrecen a los electores. Por tanto, existen dos opciones para la construcción de la Cataluña autónoma. El futuro de la Cataluña autónoma dependerá de cuál de ellas triunfe cuando después del próximo día 20 se reúna el Parlamento catalán. ■ JOSEP BENET (senador, candidato independiente en las listas del PSUC a la presidencia de la Generalitat).

El esfuerzo de reivindicación nacional ha permitido finalmente la vertebración institucional de Catalunya. A partir de ahora, junto a la preocupación de consolidación y profundización del logro político alcanzado, la Generalitat debe afrontar —decididamente y sin demoras— la reconducción económica del país. Reconducción hacia la suavización de los efectos de la crisis económica y, a medio plazo, hacia la superación de la misma, y reconducción de Catalunya y reconducción hacia la Catalunya nueva de progreso que la mayoría de los ciudadanos de Catalunya han venido reclamando en sucesivas consultas electorales.

Este nuevo rumbo que los socialistas nos disponemos a imprimir a la política de la Generalitat implica reclasificar como prioritarios los objetivos de lucha contra el paro, de suavización de los desequilibrios estructurales y de neutralización de los déficits de equipamientos colectivos y de servicios públicos que padece actualmente Catalunya. Nuevo rumbo que exige nuevo estilo: un estilo presidido no ya por esfuerzos voluntaristas, puntuales y dispersos, sino por un esfuerzo colectivo de rigor económico en el análisis

de los problemas y en la formulación y aplicación de las distintas políticas económicas, de manera a evitar incoherencias entre objetivos distintos, a coordinar todas las actuaciones en los diversos campos sectoriales y a garantizar la disposición de financiación adecuada.

La Generalitat deberá afrontar la problemática situación económica de Catalunya disponiendo únicamente de la limitada capacidad de actuación que le otorga el Estatut, a partir de una soberanía económica restringida por las interferencias de la política económica aplicada por la Administración central del Estado, con unas disponibilidades financieras modestas y apoyándose en una administración catalana insuficientemente vertebrada.

Los socialistas somos conscientes de la brecha existente entre la dimensión de los problemas económicos a resolver y la capacidad limitada de actuación de la Generalitat. Por ello consideramos que esta brecha únicamente podrá ser neutralizada mediante la aportación de equipos políticos y técnicos capaces de desarrollar un esfuerzo colectivo y coherente de gobierno como el que los socialistas nos disponemos a realizar y estamos ya

desarrollando en los principales Ayuntamientos de Catalunya.

Este esfuerzo colectivo de gobierno, sin embargo, únicamente puede traducirse en una efectiva reconducción económica de Catalunya a partir de la creación y extensión de un clima de confianza colectiva que permita relanzar la inversión, reducir la conflictividad laboral, afianzar la situación de las empresas y despejar el horizonte político.

En este sentido, tal como se desprende de nuestro programa de gobierno, junto al esquema de prioridades señalado y al esfuerzo colectivo y coherente de gobierno, la política económica que los socialistas preconizamos se basa en una serie de principios. En el principio de planificación —en un contexto general de economía de mercado—, entendiendo la planificación como concepto globalizado de coordinación de las actuaciones de la Generalitat, de previsión de la evolución económica y de anticipación de los problemas, y de orientación económica general. En el principio de negociación, entendido como búsqueda de soluciones mediante procesos sistemáticos de

concertación social, que son los únicos que pueden potenciar un clima de confianza colectiva.

Y, finalmente, en los principios de descentralización, para reforzar la eficacia de las actuaciones al acercarlas al origen de los problemas, de participación democrática en la formulación y aplicación de las distintas actuaciones, para reforzar la legitimidad política de las mismas al ampliarlas a los sectores implicados, y de transparencia informativa para reforzar la credibilidad pública de cualquier política emprendida por la Generalitat.

La consolidación y profundización de los logros que el avance político de los últimos meses ha permitido, depende en buena parte de que seamos capaces de sentar las bases para la reconducción económica de una Catalunya atravesada por una crisis de proyección internacional y previsiblemente de larga duración. De que seamos capaces, en un clima de confianza colectiva, de empezar a andar hacia la Catalunya nueva que los socialistas, como expresión mayoritaria del pueblo de Catalunya, nos proponemos defender y construir desde la Generalitat. ■ JOAN REVENTOS.